

La política universitaria peronista y el movimiento estudiantil reformista: actores, conflictos y visiones opuestas (1946-1955).

Pis Diez Nayla.

Cita:

Pis Diez Nayla (2013). *La política universitaria peronista y el movimiento estudiantil reformista: actores, conflictos y visiones opuestas (1946-1955)*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/770>



UNCUYO
UNIVERSIDAD
NACIONAL DE CUYO



FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 90

Título de la Mesa Temática: El peronismo político y la política durante el peronismo (1943-1955)

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Carolina Barry/Mercedes Prol/Oscar Aelo

**LA POLÍTICA UNIVERSITARIA PERONISTA Y EL MOVIMIENTO
ESTUDIANTIL REFORMISTA: ACTORES, CONFLICTOS Y VISIONES
OPUESTAS (1943-1955).**

Nayla M. Pis Diez

(CONICET- IdIHCS/UNLP)

nayla.pdiez@gmail.com

<http://interescuelashistoria.org/>

Introducción.

El presente trabajo se propone esbozar una lectura sobre la relación entre el gobierno peronista y el movimiento estudiantil universitario, en el transcurso de la década que va entre los años 1946 y 1955. Con tales fines, vamos a tener en cuenta distintos niveles de análisis: por un lado, la complejidad del escenario político abierto en Argentina en junio de 1943, así como la fuerte influencia del marco internacional durante estos años. Tras una reconstrucción de los principales sucesos políticos de 1943-1945, presentaremos una reflexión en torno al antiperonismo de los intelectuales y universitarios considerando aquellos dos años fundamentales para su configuración.

Por otra parte, encontramos una serie de elementos que hicieron a la dinámica específica del mundo universitario de entonces: la presencia de la tradición reformista en las organizaciones estudiantiles, las normativas sancionadas a partir de 1947 y la visión del peronismo sobre la institución universitaria, van a echar luz sobre las posiciones asumidas en aquella conflictiva relación. En consonancia, en el cuarto apartado vamos a detenernos en la política universitaria desplegada durante la década peronista, sus leyes y medidas principales. Por último, especificaremos el devenir del movimiento estudiantil reformista de la Universidad de Buenos Aires (UBA): las principales fuerzas políticas que lo componían, sus posiciones frente al gobierno y los matices al respecto. Dichas posiciones y matices definían una dinámica interna que en estas páginas solo vamos a presentar: las corrientes del reformismo universitario, la presencia y fuerza del comunismo, el surgimiento del humanismo y las agrupaciones del peronismo, las posiciones a adoptar frente al golpe de Estado. En este trabajo y a modo de primer acercamiento a una cuestión escasamente estudiada, solo esbozaremos sus principales características.

1943-1945: un nuevo ciclo en las universidades. Reformismo, catolicismo y nacionalismo.

Puede afirmarse que entre los sucesos de 1918 y hasta comienzos de 1930 el modelo de “universidad reformista” regía en todas las casas de estudio del país: a la democratización de sus gobiernos cabe sumar la institucionalización de los gremios estudiantiles, la Federación Universitaria Argentina (FUA) entre ellos¹. El golpe de

¹En relación al movimiento de la reforma universitaria, sus características iniciales y su incidencia en la

Estado de septiembre de 1930 va a inaugurar en las universidades argentinas un proceso de avance de los sectores católicos y conservadores que, en un *continuum*, se profundizará con el golpe de 1943 y después con el gobierno peronista (Mangone y Warley, 1984). Tales sectores van a impulsar una sostenida campaña de oposición al laicismo en la educación pública y en favor de la restauración “del orden y la autoridad” en las universidades.

El 4 de junio de 1943 un nuevo golpe de Estado militar acabó con la llamada *Década Infame*. Representando el fin de un régimen acusado por su orientación extremadamente conservadora y cuestionado por sus prácticas electorales fraudulentas, el golpe fue en principio apoyado por numerosos sectores del espacio político. Pero pasados los primeros días, el golpe comenzó a tener un impacto particular en las universidades nacionales y el sistema educativo general: las autoridades del gobierno entrante se propusieron llevar adelante cambios sustanciales en la sociedad toda, representando un pilar en aquel proyecto global la refundación de un sistema de educación “ateo y cosmopolita” hacia otro basado en una matriz católica, patriótica y tradicionalista. Afirma Mariano Plotkin (1994) que por primera vez, maestros de escuela, profesores y funcionarios del sistema educativo fueron separados de sus cargos por motivos ideológicos, colocando en puestos claves de la educación a personajes de conocida militancia católica.

A un mes de sucedido el golpe de Estado, el gobierno decretó la intervención de la Universidad del Litoral. La medida, encabezada por el nacionalista católico Jordán B. Genta, resultó fuertemente rechazada por las organizaciones estudiantiles, iniciándose un proceso de protestas que se tradujo en la persecución y suspensión de numerosos estudiantes y profesores. A este episodio va a sumarse uno de alcance nacional: en octubre, un grupo de políticos, intelectuales y profesores universitarios solicitó mediante un comunicado “la restauración de la democracia, la libertad de prensa, el respeto de los derechos individuales y la solidaridad con los aliados”. El gobierno

historia de las universidades, Adriana Chiroleu (2000) sostiene que el proceso de cambio que promovió el estudiantado de Córdoba y que se extendió a las universidades de todo el país, se caracterizó por vehicular diversas demandas de renovación institucional, política y pedagógica. Por un lado, los reclamos reparaban en el autoritarismo, la escasa capacitación del profesorado y en el atraso que los planes de estudio padecían. Por otro lado, un segundo conjunto de demandas refiere al gobierno de la universidad: los estudiantes manifestaron su rechazo hacia el cerrado gobierno de las Academias y los grupos ultra católicos. Sigal (1991) dirá que la reivindicación del autogobierno y su ampliación política se dio en estrecha relación con la voluntad de conformar en el seno de la universidad una “comunidad democrática”, cual metáfora de la Argentina de entonces. La reivindicación de la libertad de cátedra vendría a completar esta voluntad, así como también la enseñanza concebida a partir de “lo público”, monopolizada por el Estado y laica .

respondió ordenando la cesantía de todos los profesores universitarios que habían firmado (Bernardo Houssay de la UBA; Américo Ghioldi, de La Plata; Horacio Thedy de la Universidad del Litoral). Tras las cesantías siguieron nuevas intervenciones y designaciones de notorios representantes de la derecha católica en importantes puestos: entre ellos, G. Martínez Zubiría, escritor católico y antisemita, es designado ministro de Instrucción Pública. Al mes siguiente Zubiría comunicó la intervención por decreto de todas las universidades del país. La procedencia ideológica de muchos de los nuevos interventores va a ser sintomática de aquel avance de sectores nacionalistas, católicos y conservadores². En este contexto, la FUA fue ilegalizada por “comunista” y “subversiva”, disolviendo y clausurando los cincuenta Centros de Estudiantes y las cinco Federaciones adheridas.

El año 1944 se inició con una profundización de las políticas represivas: tras un cambio dentro del régimen se tomaron medidas de control sobre la prensa, se reprimió a los militantes socialistas y comunistas y se declararon disueltos todos los partidos políticos. Los últimos días de diciembre de 1943 se decretó la enseñanza obligatoria de la religión católica en las escuelas primarias. De esta manera, aquello que había sido solo influencia de élites católicas y nacionalistas en los distintos espacios educativos (que, como hemos visto, se habían fortalecido también en la Argentina desde fines de los ‘20 y durante los ‘30) se convirtió entonces en política gubernamental.

A comienzos del año 1945, los cambios en la coyuntura internacional (la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial) y la movilización social interna condujeron a una reorientación gubernamental que se tradujo en una serie de medidas de liberalización política y regularización institucional tales como el levantamiento del estado de sitio impuesto desde 1941 y la normalización de las universidades, con el reestablecimiento de las elecciones y la legalidad de los Centros y Federaciones. No obstante, las relaciones entre el gobierno y los universitarios reformistas no iban a recomponerse. En agosto de 1945, en una jornada de festejos por la rendición de Japón (que había sido prohibida por el gobierno) se produjeron enfrentamientos entre la policía, los estudiantes y jóvenes nacionalistas que dejaron como saldo tres muertos. En repudio, la FUA decide realizar una huelga exigiendo al gobierno el “retorno de la normalidad institucional y la democracia”.

² Por mencionar algunos casos: Lisandro Novillo Saravia, vicepresidente de la Junta de la Acción Católica fue el interventor en Córdoba; Rómulo Echeverry Boneo, ex presidente de la Acción Católica, el del Litoral; y Tomás Casares, militante de dicha organización en la UBA. En la Facultad de Derecho de la UBA, el interventor fue el militante católico Atilio Dell ‘Oro Maini.

En este marco se da una suerte diálogo entre Perón y las organizaciones estudiantiles que nos ilustra sobre el clima político del momento. El vicepresidente, intentando un último acercamiento, se dirige por radio a los estudiantes afirmando entre otras cosas que:

Intervinimos la universidad, y los resentidos del proceso anterior, como los lastimados por vuestras propias conquistas, confundiendo la medida del gobierno creyeron que marcaba la hora de sus revanchas, y enfáticamente se lanzaron al ataque de las posiciones, tratando de formar una universidad intransigentemente medieval (...) A su vez tuvimos que desplazarlos a ellos, y después de distintas medidas de gobierno que no siempre pueden ser explicadas en su verdadera naturaleza e intención, devolvimos la autonomía a la Universidad, mediante elecciones absolutamente libres (...) Reconocimos también con jerarquía de autenticidad, algunos de vuestros superiores organismos gremiales estudiantiles. ¿Por qué entonces sois los más intranquilos, permaneciendo en una agitación constante? Hace días que desde mi despacho os he visto desfilar por las calles... festejando, al principio, el triunfo de los ideales humanos de fraternidad, democracia e igualdad que yo, como el señor presidente, con idénticas ansias compartimos. El tumulto callejero dejó un saldo doloroso que todos lamentamos. Nadie que no sea un descastado o un perverso puede creer que el gobierno se haya solazado con ello, o lo provocara en incomprensible acto de represión (...) Justifiqué vuestros afanes cuando actuabais en el rol de estudiantes, pero no puedo justificar ahora vuestra conducta en defensa de posiciones políticas que no desempeñasteis” (Ciria y Sanguinetti, 1968:118-120).

En su discurso el vicepresidente se refirió además a la “devolución” del co-gobierno y el voto estudiantil. Pero la promesa y la autocrítica con las que Perón tendía un puente a sus adversarios, fueron “altaneramente” contestadas por los estudiantes, que lo responsabilizaron por los asesinatos y por las políticas universitarias del gobierno. Responde la FUA: *“Esas intervenciones a las que en su mensaje tan bien acusa el general Perón, olvidando que está acusando al propio gobierno de que forma parte, pues fue él quien las envió...”*. El diálogo y el “alto al fuego”, que proponía el general Perón, resultaba a esa altura de los acontecimientos imposible.

Podemos ver entonces que entre los agitados años de 1943 y 1945 dos sectores comenzaron a diferenciarse en la política nacional. Uno, integrado por los grupos afectos al régimen gobernante, conformó una alternativa política alrededor de uno de

sus líderes, Juan D. Perón y contó con el apoyo mayoritario del sindicalismo y la clase obrera industrial, de la Iglesia Católica y el Ejército. En el otro sector se encontró la mayoría de las organizaciones empresariales y patronales, las clases medias y los partidos tradicionales. A ellos se sumaron en masa los universitarios, quienes durante todo 1945 se enfrentaron activamente al gobierno.

Tras el encarcelamiento de Juan D. Perón, que desembocará en el histórico 17 de octubre de 1945, se convocó a elecciones nacionales. En noviembre, la FUA decide ingresar a la Unión Democrática (UD), coalición opositora a la candidatura de Juan D. Perón integrada por la Unión Cívica Radical (UCR), el Partido Socialista (PS), el PCA y el Partido Demócrata Progresista. Adhirieron a ella además, diversas entidades patronales (como la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina y la Cámara Argentina de Comercio), profesionales y partidos políticos pequeños. Cabe mencionar que la decisión de ingresar a la UD no fue producto de la unanimidad entre los reformistas: la Federación del Litoral se opuso e introdujo un fuerte debate respecto de *“unirse a los sectores conservadores”*, defendiendo la postura de *“mantener la autonomía del movimiento estudiantil”*. La FUA sostuvo la posición de integrar el frente argumentando que *“se hacía evidente la necesidad de mancomunar esfuerzos para derrotar al nazi-fascismo, pero no siempre se está en condiciones de elegir a los acompañantes circunstanciales en lucha”* (Almaraz R. et al, 2001: 78).

El antiperonismo de los universitarios. Algunas interpretaciones sobre sus orígenes.

Podemos afirmar que en 1945 reformismo era prácticamente sinónimo de antiperonismo, o de “lucha antifascista” y “democrática”, en las palabras de los protagonistas mismos. A ello cabe agregar que a partir de 1930, pero mucho más fuertemente desde 1943, el modelo de gestión reformista sufrió diversos procesos de inestabilidad, marcados por su supresión y/o prohibición. En este punto conviene dar lugar a la pregunta sobre los orígenes del antiperonismo de los universitarios, la que puede ser pensada también como un intento de respuesta o problematización sobre las variaciones ideológicas y políticas que el reformismo adquirió en diversos momentos de la historia.

En un artículo del año 2002, la socióloga Silvia Sigal intenta dar respuesta a los interrogantes respecto de cómo se sitúan los intelectuales y universitarios no solo en los

orígenes del peronismo sino también en los *orígenes del antiperonismo*. Afirma que casi dos años, decisivos para la política argentina, separan el peronismo de los sectores populares del antiperonismo de los intelectuales y estudiantes. Es decir, tales posturas aparecen en la historia de nuestro país *desfasadas en el tiempo*, por lo que es posible afirmar que el antiperonismo de los intelectuales no se relaciona directamente ni surge en contraposición al peronismo de los sectores populares estrechamente relacionado este último con las medidas llevadas adelante por Juan D. Perón desde la Secretaría de Trabajo. Para la autora, no hay razones para concluir que se encuentran también allí los orígenes del antiperonismo de los intelectuales³. Más bien, éste es anterior a la aparición pública de Perón y tiene anclaje directo en el régimen autoritario que encabezó el movimiento de junio de 1943.

Ahora bien, a la hora de pensar en los componentes del antiperonismo de los intelectuales y universitarios dos son trascendentes para comprenderlo: en primer lugar, aparecen las dificultades que encontraban para disociar a Juan D. Perón del gobierno militar iniciado en 1943, en el cual predominaban los grupos ultracatólicos y conservadores y a partir del cual pasaron éstos a dominar los espacios culturales y educativos. Esta presencia cada vez más preponderante de los “enemigos históricos” de la Reforma, pero también medidas concretas como las intervenciones universitarias de 1943, las ilegalizaciones de la FUA y los centros estudiantiles, marcaron a fuego al movimiento estudiantil durante los años 1943-1945.

Al clima de tensión con los grupos de posición católica y antirreforma debemos agregar la influencia del contexto internacional. La Guerra Civil Española (1936-1939), la “lucha antifascista” y la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) van a teñir enteramente los acontecimientos políticos en la sociedad argentina de los años ‘30 y ‘40. La identificación ideológica de muchos miembros del movimiento de junio con el Eje fue un elemento esencial de enfrentamiento con los universitarios.

En pocos años y al calor de la coyuntura internacional, el “antifascismo” se constituyó en un elemento definitorio de la identidad reformista, determinando en buena medida, las acciones y posiciones públicas que el movimiento estudiantil reformista

³ Como sabemos, las políticas sociales generaron no solo el apoyo de los sectores populares sino también la fuerte oposición de entidades como la Sociedad Rural y la Unión Industrial. Pero aún así, Sigal remarca el hecho de que “el antiperonismo de los sectores patronales” no será el mismo que el de los intelectuales y universitarios: “*el antiperonismo de la intelligentsia no nació como el espejo invertido de los componentes populares del peronismo, como sí lo fue en cambio el de los sectores patronales, que veían en los nuevos derechos obreros “desorden”, “indisciplina” y “eliminación de la jerarquía del patrón”* (Sigal, 2002:501).

asumirá durante la década de 1940. La FUA, en su Tercer Congreso Nacional (1942) proclamó la “incompatibilidad entre la reforma y el nazismo”, su adhesión a las naciones aliadas y se pronunció a favor de la ruptura con el Eje. Así, ni la orientación del gobierno de 1943, ni la oposición a él eran dissociables de la escena internacional⁴.

Entonces, puede decirse que el antiperonismo de los intelectuales es anterior a la aparición de la figura de Perón como líder de masas. Afirmábamos arriba que las autoridades del gobierno de junio, influenciadas por los procesos del fascismo europeo, se propusieron llevar adelante cambios sustanciales en la sociedad, representando un pilar en ese proceso la refundación del sistema educativo sobre una matriz confesional y autoritaria. En este proyecto, los principios reformistas resultaban intolerables. Y viceversa: para los estudiantes e intelectuales del campo reformista, influenciados por los principios de la democracia liberal, los objetivos declarados de los militares eran interpretados como “el camino hacia la versión local del fascismo”. Ambas visiones se excluían. Desde aquí, los estudiantes e intelectuales tomaron posición frente al gobierno peronista.

Así, Perón y su gobierno elegido mediante elecciones vinieron a incrustarse en un *sistema de oposiciones preconstituido* entre los años 1943 y 1945. El esquema de pensamiento con que los intelectuales y universitarios concibieron al peronismo se encontraba imbuido en el juego de sentidos opuestos y excluyentes “democracia/totalitarismo”, a partir del cual ya habían calificado al movimiento de junio, antecedente directo del gobierno de Perón. Sumando a ello las numerosas declaraciones gubernamentales contrarias a la Reforma, como también las persecuciones estudiantiles y las intervenciones universitarias, acabó configurándose una oposición estudiantil *a todo o nada*, una tensión irreductible.

Nuestra hipótesis es que el antagonismo absoluto de esos años conformó una suerte de *círculo vicioso* que definió de antemano posiciones para ambos bandos. De esta manera creemos que pueden explicarse muchas de las posturas públicas de los estudiantes frente al gobierno peronista (definido sin grises como la “imitación local del fascismo”) así como también muchas de las políticas gubernamentales para con la

⁴ En este sentido, dice Graciano (2008:30): “Si bien el ensayo fascista del golpe de Estado de 1930 había sido una amenaza sentida en carne propia por estos universitarios con exoneraciones, cárceles y exilios, no había dejado de ser un peligro rápidamente neutralizado. Pero el curso que fue tomando el régimen militar de 1943, fue vivido por ellos como una amenaza a la que miraban entre impávidos y alarmados, ya que a diferencia del general Uriburu, el constante ascenso político de Perón les confirmaba la repetición de la historia europea del surgimiento de los liderazgos de Mussolini y Hitler; fruto de una alianza entre las fuerzas armadas, la policía y la movilización de masas.”

universidad y la cultura (“alpargatas sí, libros no” quizás sea la más clara). La influencia de los años anteriores será determinante, pero una vez asumido Perón, la irreductibilidad de la oposición y el *círculo vicioso* del antagonismo no dejará espacios libres ni posibilidad alguna de *vuelta atrás*.

1946-1955: La política universitaria del peronismo.

Antes de que Perón asuma la presidencia de la Argentina el entonces primer mandatario, Edelmiro Farrell, decretó la intervención de todas las universidades. Los fundamentos de tal medida hacían referencia a la necesidad de asegurar una absoluta neutralidad política en el ámbito universitario y de reestructurar el conjunto de las instituciones de enseñanza.

Las intervenciones decretadas van a forzar un proceso de recambio del cuerpo profesoral por el que durante 1946 y 1947 centenares de profesores fueron obligados a renunciar o directamente se los cesanteó, produciéndose por primera vez desde 1918 un recambio de personal de enorme envergadura y por “motivaciones estrictamente políticas”⁵. Los puestos vacíos fueron ocupados por un profesorado que en su mayoría no era ajeno a la vida académica (por ejemplo, muchos profesores fueron reemplazados por sus adjuntos o auxiliares), que pertenecía (aunque no en su totalidad) a los círculos católicos, conservadores y nacionalistas que habían predominado en las universidades desde 1943 y que logró adaptarse a las condiciones y exigencias del nuevo contexto político. A raíz del proceso de ascenso masivo y repentino se los denominó profesores *flor de ceibo*, en alusión a la imagen que los artículos de producción nacional llevaban en su etiqueta. La expresión era sinónimo de productos de baja calidad y cristalizaba la sensación de mediocridad que tenían los reformistas respecto de la vida académica de entonces. Dice Miguel Murmis, militante reformista y socialista de Filosofía y Letras, que entre los estudiantes era extendida la idea de que la formación universitaria era “*realmente mala*”, que era “*tan pero tan mala, que nos resultaba bastante obvio que había que hacer una cosa mejor*” (Toer, 1988). Para Murmis el fenómeno de “*degradación intelectual*” se encontraba estrechamente ligado, al miedo a la represión

⁵ Muchos autores se referirán a tal proceso como una de las mayores “purgas” de la historia de la Universidad argentina. Afirma al respecto Buchbinder: “*Cesantías de oficio, jubilaciones anticipadas, presiones directas, fueron los mecanismos utilizados para expulsar a una porción significativa del profesorado. Al finalizar 1946 habían sido desplazados de las universidades nacionales 1.250 docentes, casi un tercio del total del cuerpo de profesores: 423 fueron directamente separados de sus cargos y alrededor de 800 renunciaron.*” (2005:148-149).

política y a la “sensación de que estabas en un lugar donde no había pensamiento independiente”, donde “tus maestros eran todos unos señores asustados que ni siquiera comulgaban con el régimen” (Soprano y Tortti 2004: 204-205). Un segundo aspecto ligado al recambio del cuerpo profesoral en este período está dado por, como hemos adelantado, la procedencia ideológica de muchos de quienes ingresaron a importantes puestos en las casas de estudio. Esto es: muchos de los nuevos profesores y funcionarios se identificaban con antirreformismo acérrimo, con la Iglesia Católica y sus sistema de pensamiento, anti-científico, anti-moderno y conservador⁶.

A las intervenciones, cesantías y recambio de personal docente le seguirá la sanción (en octubre de 1947) de la Ley Universitaria 13.031, es decir, una nueva organización legal, política y administrativa. Dicha normativa fue elaborada a partir de un diagnóstico negativo respecto del sistema universitario heredado de la Reforma, según el cual la actividad política había subvertido las funciones, la naturaleza y la calidad de la universidad y sus conocimientos allí impartidos. Por otra parte, al presentar el proyecto de Ley en el Congreso, los miembros del bloque oficial defendieron la normativa argumentando que era necesaria la injerencia estatal para arrebatar las facultades de las manos de las élites oligárquicas, que se habían instalado en ellas, volviéndolas ajenas a los intereses mayoritarios y a las necesidades del Estado y el país (Mangone y Warley, 1984).

En sintonía, se estableció un sistema de elección de autoridades mediante el cual los resortes básicos de las instituciones educativas quedaban en manos del Estado, suprimiendo así dos pilares de la Reforma: el co-gobierno y la autonomía. Los rectores de la universidades serían elegidos desde el Ejecutivo, lo mismo los profesores titulares (éstos a partir de una terna de candidatos elevada por la universidad); los decanos serían designados por el Consejo Directivo a partir de una terna propuesta por el rector; los Consejos Directivos estarían compuestos por el decano y diez consejeros escogido por los profesores titulares. Los estudiantes tendrían voz pero no voto y su representante debía ser sorteado entre los diez mejores promedios del último año (Mignone, 1998). En su cuarto artículo que ningún miembro de la comunidad universitaria podría, so pena de suspensión y expulsión, actuar en política. En esta línea, en 1948, se dispuso la presentación anual por parte de los estudiantes de un Certificado de Buena Conducta

⁶ Un ejemplo claro en este sentido lo da Oscar Ivanissevich, católico militante, rector interventor de la UBA y posterior Ministro de Educación, quien presentó la Ley Universitaria afirmando que “*La Reforma Universitaria agregó un veneno violento, el cogobierno estudiantil, que malogró sus buenas iniciativas. El cogobierno universitario no puede ser sino el resultado de una mentalidad perversa e inconciente*” (Sigal, 2001:504).

expedido por la Policía Federal.

Por otra parte, la Ley contemplaba el otorgamiento por parte del Estado de becas que iban a permitir a los estudiantes obtener gratuitamente la enseñanza. En consonancia, durante el decenio peronista se llevaron adelante una serie de políticas que permitieron avanzar en la *democratización social* de la educación pública en todos sus niveles y de la universidad en particular. Medidas como el otorgamiento de becas (en 1947), la eliminación de los aranceles y la disposición de la gratuidad de los estudios universitarios (en 1949), la supresión del examen de ingreso (en 1953) y la creación de la Universidad Obrera Nacional (en 1953), nos hablan de una verdadera democratización del acceso a la universidad⁷. Pero al mismo tiempo, fueron suprimidas las conquistas más importantes del movimiento estudiantil reformista en lo que hace a la *democratización política* de la universidad, es decir a la ampliación de la participación en el gobierno⁸.

La FUA adoptó una postura muy crítica respecto de normativa “*que ignora a la Universidad y a los universitarios*” y organizó diversas campañas y manifestaciones en defensa de la ley universitaria reformista. Pero la situación del movimiento estudiantil reformista era más bien de desmovilización y resistencia en la semiclandestinidad. Sin embargo, diversos autores indican que las universidades se volvieron más “opresivas” hacia 1950, cuando el gobierno abandonó su postura de *no-política* suplantándola por la *politización* y el intento de *peronizar* las universidades, tendencia que a su vez puede visualizarse en los restantes niveles educativos, en particular, el primario (Plotkin, 1994).

En 1952 el Consejo Universitario dispuso la asistencia obligatoria a los Cursos de Formación Política, otorgándole la finalidad de lograr “*que cada alumno conozca la esencia de lo argentino, la realidad espiritual, económica, social y política de su país, la evolución y la misión histórica de la República Argentina*” (Buchbinder, 2005:165)⁹.

⁷ Torre y Pastoriza (2002) afirman que fue en el terreno de la educación en el que la “democratización del bienestar” tuvo un alcance más amplio, expresado por ejemplo en el gran aumento de presupuesto, la reducción del analfabetismo y la expansión del acceso a la educación primaria (que en nuestro país era una tendencia desde principios de siglo) y centralmente de la media y universitaria.

⁸ Agrega en este sentido Ceballos (1985:21): “*El gobierno peronista no tuvo una política acertada en la universidad. No se permitió la actividad estudiantil disidente y reprimió a los estudiantes. No existieron, por otra parte, expresiones estudiantiles que lograran diferenciar los contenidos ideológicos reaccionarios que se sustentaban en la universidad en la cátedra oficial, con los contenidos democráticos que permitieron el acceso irrestricto en la universidad, la anulación de los aranceles, la creación de comedores universitarios y las facilidades para el estudio*”.

⁹ Encontramos en el trabajo de Buchbinder algo más respecto de los Cursos: Arturo Sampay, profesor de Derecho Político, explicitó en un texto los principios que debían orientarlos, cuyo objetivo final era la formación de “argentinos dirigentes para salvar nuestro ser nacional, consolidar un orden social justo, afianzar la libertad e independencia del país en sus decisiones”. Estos cursos fueron resistidos por los

En este marco se comprende también la creación desde el gobierno, de la Confederación General Universitaria (CGU), una organización universitaria relacionada directamente con el Estado que agrupó a los estudiantes peronistas. En 1954 es sancionada la Ley Orgánica de la Universidad, que incluía las disposiciones de la anterior pero profundizaba muchas otras. En primer lugar, ratificaba la gratuidad de los estudios, establecida ya por decreto en noviembre de 1949. En segundo lugar, forzaba una mayor supeditación al Ejecutivo, pues si en la primera ley se prohibía toda politización, en ésta se impulsaba el estudio de la Doctrina Nacional. En tercer lugar establecía que no solo el rector sería designado por el Ejecutivo sino que también lo serían los decanos. Por último, el representante estudiantil sería “proveniente de una entidad reconocida” (es decir, la mencionada CGU).

El movimiento estudiantil reformista en la UBA: su composición, sus banderas y su oposición al gobierno.

En este punto, nos detendremos a realizar algunas especificaciones respecto del movimiento estudiantil reformista durante esta época. En lo que hace al nivel de actividad política y movilización, creemos que es posible diferenciar dos etapas: si los primeros años estuvieron marcados por la desmovilización del estudiantado, ya a partir de la década de 1950 puede pensarse en un resurgir de la vida política estudiantil acompañada de grandes cambios al interior de su mapa político.

En este período dividido en dos etapas pueden marcarse diversas líneas de corte en el movimiento estudiantil que definen su dinámica interna. Elementos como las corrientes internas del reformismo universitario, la presencia y fuerza del comunismo universitario, el surgimiento de nuevas agrupaciones cristianas, las posiciones a adoptar frente al golpe de Estado, implican cada uno una investigación en sí misma. Así, en base a estas dos líneas de análisis (diacrónico y sincrónico, puede decirse) abordaremos la realidad del movimiento estudiantil.

Primera Etapa (1946-1950): años de resistencia y pasividad.

Respecto del funcionamiento y la dinámica organizativa de los estudiantes, podemos afirmar que no existían agrupaciones que se manifestaran públicamente en militantes estudiantiles. La FUBA se pronunció contra las “cátedras del justicialismo”, por “*su tono partidista y de propaganda oficial destinados a contribuir a la domesticación general de la opinión pública*” (Almaraz R. et al, 2001: 141).

relación directa con algún partido político. En general las agrupaciones reformistas y las listas que formaban parte de los centros de estudiantes se mantenían independientes de los partidos, eran amplias en términos ideológicos y funcionaban cual *paraguas contenedor* de diversas tendencias unidas siempre en la defensa de la Reforma¹⁰. No obstante, podemos afirmar que en el interior del arco reformista convivían sectores e individuos que simpatizaban o militaban orgánicamente en partidos nacionales, como el radicalismo, el Socialista y el Comunista, o incluso en el trotskismo y el anarquismo. Esto delineaba diferencias que respondían directamente a la política nacional y, aunque no estaban determinadas totalmente, nos permiten marcar corrientes en las filas de la militancia universitaria.

Ahora bien, tras la derrota de la UD en las elecciones de 1946 y las intervenciones universitarias del mismo año, el movimiento estudiantil reformista entró en un período de reflujo y desmovilización generalizada. El militante comunista de la Facultad de Medicina, Bernardo Kleiner, dirá que frente a la intervención se sucedieron en las universidades numerosas asambleas, tomas y huelgas “por tiempo indeterminado”. Estas últimas medidas acabaron desgastando al estudiantado: *“una ola de escepticismo penetró por esa vía en el movimiento reformista (...) Un verdadero éxodo se produjo en las comisiones directivas de centros y federaciones, y solo quedaron los comunistas y algunos pequeños núcleos, los más concientes del movimiento reformista.”* (Kleiner, 1963:89). Por su parte, Miguel Murmis afirmó que en los estudiantes existía por estos años una *“mezcla de indiferencia y miedo”*, siendo los militantes activos una clara minoría (Soprano y Tortti, 2004: 203). La prohibición de la actividad política y el clima represivo hicieron que la militancia estudiantil se redujera a pequeños núcleos de participación, que sostuvieron una actividad semiclandestina, básicamente de resistencia, con actos simbólicos y esporádicos. Los centros fueron desalojados de las facultades, teniendo que alquilar espacios por fuera de ella.

Sostiene Kleiner que durante los primeros años de la década peronista fue la Federación Juvenil Comunista (FJC) la que logró mantener una fuerte presencia, multiplicando su fuerza tanto en la FUBA como en la FUA. En esta línea, dice el militante reformista de la Facultad de Derecho, Emilio Gibaja, que el movimiento estudiantil del '46 al '49 se encontró dominado por *“agrupaciones reformistas*

¹⁰ La mayor parte de los Centros, Federaciones y agrupaciones reformistas funcionaban de acuerdo a esa lógica: no “eran” de un partido: *“Un aspecto destacable del movimiento estudiantil en este período fue la ausencia de partidismo en el seno universitario. En la tradición reformista, ésta era una definición fundamental”* (Almaraz *et al*, 2001: 14).

hegemonizadas por el PC” (Toer, 1988:13)¹¹. En un contexto de reflujo político, su fuerte estructuración y disciplina se convirtió en una ventaja. Kleiner agrega, a las mencionadas condiciones objetivas (la estructura y disciplina del PCA), un elemento más: la definición política. Es decir, la definición de los estudiantes comunistas de que, más allá de la hostilidad del espacio, había que “permanecer” en las universidades.

Segunda Etapa (1951-1955): “resurgir” de la militancia universitaria y modificaciones en el mapa político-estudiantil.

Los comienzos de la década de 1950 van a registrar importantes cambios en la militancia estudiantil de la UBA. A las repercusiones que las modificaciones legislativas conllevaron, podemos sumar dos hechos que movilizaron a los Centros y Federaciones universitarias durante 1951. En primer lugar, el secuestro del militante comunista Mario Bravo. La FUBA, entonces presidida por David Viñas, declaró una huelga que se cumplió con éxito en todas las Facultades porteñas. En agosto tuvo lugar una huelga ferroviaria, que los estudiantes apoyaron activamente. Se afirma en “¡Aquí FUBA!” que, “*a partir de estos acontecimientos y durante 1952, la situación de los centros empeoró, la libertad de acción fue cada vez más restringida y se intensificó la persecución policial. El clima de asfixia imperaba dentro y fuera de las universidades*” (Almaraz R. *et al*, 2001: 131).

Por otra parte, en 1951 tuvo lugar el surgimiento de una organización estudiantil peronista, la Confederación General Universitaria, la gremial estudiantil “defensora de las conquistas peronistas en la universidad”. En las universidades porteña y platense, ambas con fuerte tradición reformista y liberal, la CGU no alcanzó gran representatividad; sí lo hizo por ejemplo, en las universidades de Tucumán y Cuyo.

Si bien los estudios sobre el tema son escasos, suele afirmarse que la entidad estudiantil fue una suerte de creación *desde arriba*, es decir, desde el gobierno peronista. Bernardo Kleiner (1963:124), sin desconocer el hecho de que la CGU fuese una creación *oficial*, hace hincapié en otro aspecto: la institución se presentó como promotora y gestora de la supresión de los aranceles, de los apuntes baratos o gratuitos, de la supresión de los exámenes de ingreso, todas ellas reivindicaciones estudiantiles que el peronismo había vuelto reales y que la FUA y las organizaciones reformistas

¹¹Agrega Gibaja: “*Ellos nunca decían que eran comunistas, pero eran militantes del PC, y aunque esto pueda significar una polémica, ellos llevaban al seno del Centro de Estudiantes la línea impartida por el PC. Ellos actuaban como partido, nosotros como movimiento reformista*” En consonancia, dice Murmis que “*lo del comunismo era algo que cortaba el movimiento estudiantil. Entonces, estábamos los reformistas y los comunistas. La lista del PC eran comunistas y poca gente más*” (Toer, 1988: 18-19).

desdeñaban¹².

En relación a este tema, no podemos dejar de mencionar la llamada *cuestión de la CGU*, un acontecimiento que modificará el mapa político y las relaciones entre las organizaciones estudiantiles. En 1952 la dirigencia del PCA decide el ingreso de los militantes comunistas universitarios a la organización peronista¹³. Si bien al año siguiente se revirtió la política, la decisión comunista fue duramente criticada por el reformismo calificándola directamente de traición. Sostiene Juan Califa (2010) que, a partir de dicha *cuestión*, la relación de los reformistas con los comunistas se torna irreversiblemente conflictiva, quedando estos últimos cada vez más aislados y en franca decadencia. En verdad, el episodio más bien ayudó a acelerar un proceso de distanciamiento que desde comienzos de la década era factible advertir. Desde algunos años antes, diversos dirigentes reformistas habían comenzado a señalar a la conducción de la FUBA como *bolche*, por la fuerte presencia de militantes comunistas, y a plantear la necesidad de “recuperar los centros” y “ganar las elecciones con listas puramente reformistas”. Este proceso representaba el surgimiento de un “reformismo renovado”, de signo fuertemente antiperonista pero también anticomunista y que criticará a los militantes comunistas por sus oscilaciones en relación con el gobierno nacional. Gastón Bordelois (2008), militante humanista de la Facultad de Agronomía, afirma que dichas agrupaciones expresaban el rechazo a “*todo nuevo totalitarismo*”, en clara referencia al comunismo soviético y al marco político que la Guerra Fría delineó en estos años. Las mismas estaban aglutinadas ya desde 1950 en la Liga Reformista, cuyo emblema y “vanguardia” fue el Centro de Ingeniería *Línea Recta*¹⁴. Entre 1950 y 1952, tanto en la FUBA como en los centros estudiantiles, la Liga Reformista desplazará a las

¹² Para el caso de Ingeniería de la UBA, afirma Kleiner: “*El propio Centro de Estudiantes de Ingeniería tuvo que reconocer este hecho, agravado por la lamentable actitud de sus dirigentes, que abandonaron toda actividad gremial, pedagógica y cultural, en aras de crear condiciones favorables al golpismo.*”

¹³ Mucho se ha escrito sobre las razones de esta decisión. Según “¡Aquí FUBA!”, el ingreso de los militantes comunistas a la CGU respondía a un realineamiento del PCA con el gobierno en función de las simpatías que un sector de la URSS tenía hacia el peronismo. Por su parte, Kleiner (1963:122) afirma que fue un “error” y una “desviación oportunista”. Para el autor, “*la necesidad de tener centros estudiantiles únicos, de masas, era indiscutible. Pero la confusión imperante impidió ver que ese proceso no podía darse en la CGU. Organismo que, desde su propio nacimiento, era uno vertical, burocratizado, con dirigentes que, en su mayoría, solo buscaban prebendas, y compartían con los sectores más derechistas la ínfula anticomunista con tonos nacionalistas y clericales.*”

¹⁴ Kleiner (1963: 126) se refiere a tales agrupaciones como la “oposición sistemática” (por su ferviente antiperonismo), y a *Línea Recta* como “el centro piloto del gorilismo golpista”. Dirá que “*La “cuestión de la CGU” fue un pretexto para esos grupos gorilas y toda la alharaca desatada entonces y mantenida años después, que se propuso aislar a los comunistas del movimiento reformista y excluirlos de la dirección de los centros, para impedir así el nucleamiento de la izquierda en el movimiento universitario (...). La desesperación de estos grupos por la política justa de los estudiantes comunistas –que iba ganando sectores aún influenciados por la oposición sistemática–, provocó su histerismo anticomunista.*”

agrupaciones y militantes comunistas de los puestos de poder y las comisiones directivas.

Las “nuevas” agrupaciones cristianas: el Humanismo.

Durante las décadas de 1940 y 1950, las agrupaciones existentes ligadas con la Iglesia (como la Acción Católica o el Ateneo Cristiano) estaban identificadas en el mapa político estudiantil directamente con la “derecha”. Pero en 1951 en la Facultad de Ingeniería de la UBA, surgió un nuevo tipo de agrupación cristiana: la Liga de Estudiantes Humanistas.

De ideario social-cristiano y postura antiperonista; influenciados intelectualmente por el pensamiento católico francés (Jacques Maritain, Emmanuel Mounier) y por los partidos demócrata-cristianos europeos opuestos al cristianismo pro-fascista, los militantes humanistas proponían la “apertura progresista del cristiano en el mundo moderno”. Estos jóvenes se concebían como defensores de la democracia, del pluralismo y del respeto por la persona humana y la libertad individual. En este sentido, los humanistas se mostraron críticos hacia el gobierno peronista y su aliada, la Iglesia. En consonancia con muchos grupos cristianos de la época, le reprochaban a ésta ser parte de un gobierno “totalitario” que había avanzado con libertades básicas en el mundo social y universitario (Zanca, s/f), introduciendo en este último personajes conservadores y anti-modernos. Bordelois (2008:133) sostiene que la convergencia en torno a la necesidad de llevar a cabo una militancia “*pluralista y democrática*” fue la que posibilitó la práctica conjunta de los humanistas y aquellos reformistas dominantes hacia 1950. Es que sumado a lo anterior, y a diferencia del pensamiento católico que desde 1930 predominaba en las universidades, los humanistas no sostenían un rechazo absoluto al movimiento reformista. Por el contrario, muchos de sus postulados eran compartidos, centralmente, el cogobierno universitario y la libertad de cátedra. Y más importante aún: tanto el reformismo como el humanismo militaban conjuntamente en el antiperonismo.

Pero a pesar de las coincidencias, la fe religiosa de unos y el anticlericalismo y el laicismo de los otros, los alejaba. El humanismo mantenía una posición crítica y señalaba ciertos “vicios” de la reforma como su concepción ideológica cerrada, “*materialista y liberal*”. No obstante las diferencias ideológicas entre humanistas y reformistas, dirá Ernesto Laclau, militante reformista de Filosofía y Letras, que en la práctica las divisiones estaban “*muy contenidas*” por el hecho de pertenecer “*todos a la*

oposición” (Toer, 1988: 60-61).

*

El año 1954 se inició con la entrada en vigencia de la antes mencionada Ley Orgánica de la Universidad, fuertemente criticada por el movimiento estudiantil universitario. En paralelo, tuvo lugar un recrudescimiento de la actividad opositora que llevó al gobierno a endurecer las medidas represivas. La situación dará un giro abrupto al producirse la ruptura del gobierno con la Iglesia Católica, que pasó inmediatamente al bando opositor.

A partir de los bombardeos a la Plaza de Mayo de junio de 1955 comenzaron las persecuciones y allanamientos a los partidos opositores, pero también se intensificaron las conspiraciones para derrocar al gobierno. El grueso de los reformistas, y también los humanistas, apoyarán la posibilidad de un golpe de Estado, caracterizándolo como la “única salida posible”. No obstante, dentro mismo del Reformismo existieron matices en términos de apoyo directo a un posible golpe militar: había “golpistas” y “antigolpistas”, siendo esta última posición minoritaria. La diferencia no modificaba la postura antiperonista, general a todos, sino que remitía al hecho de apoyar o no a un acontecimiento tal como un golpe militar, y a la posición que los estudiantes debían adoptar frente a tal posible salida¹⁵.

El 16 de septiembre de 1955 una coalición encabezada por las Fuerzas Armadas derrocó al gobierno de Juan D. Perón. A pesar de las diferencias mencionadas, el movimiento estudiantil se mostró públicamente en unidad: en un comunicado del día 23 de septiembre, la FUA apoyó públicamente la revolución cívico-militar y dispuso la toma de todas las universidades nacionales.

Bibliografía.

- Almaraz R., Corchón M. y Zemborain R. (2001) *¡Aquí FUBA! Las luchas estudiantiles en tiempos de Perón (1943-1955)*. Buenos Aires: Planeta.

¹⁵ Recuerdan Murmis y Gibaja: “Murmis: Como vimos antes, había dos temas que nos dividían. Lo de golpistas y antigolpistas, yo lo viví como muy divisivo. Gibaja: Yo estaba en aquella mayoría que decía que era preferible que cayera de cualquier manera.” Más adelante, continúan: “Murmis: Fijate que lo de golpistas y antigolpistas, tenía que ver con que los antigolpistas veíamos que el problema del golpe, más allá de si era justo o no era justo, más allá de que pensáramos que no había que usar la violencia contra el pueblo, era que no iba a permitir que el peronismo terminara de desprestigiarse ante el pueblo. Para nosotros, cosas como los contratos petroleros, la campaña de la productividad, que supone que empieza a aliarse más con los empresarios, todo eso nos daba la pauta de que se estaba empezando a mostrar cómo era la cosa y que dándole tiempo, Perón se desprestigaría, todo iba en esa dirección.” (Toer, 1988: 27 y 47).

- Bordelois G. (2008) “Aniversario de la Reforma Universitaria”. AAVV. *La Reforma Universitaria. Su legado (1918-2008)*. Buenos Aires: Librería Histórica.
- Buchbinder P. (2005) *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Califa J. (2010) “La militancia estudiantil en la Universidad de Buenos Aires entre golpe y golpe, 1943-1955”. Buchbinder, Califa, Millán (comps.) *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*. Buenos Aires: Final Abierto.
- _____ (2011) “Los Humanistas en la UBA. Orígenes, desarrollo, radicalización política y ocaso de una corriente estudiantil de peso. 1950-1966”. *Conflicto Social*, Año 4, n° 5. Buenos Aires.
- Ceballos C. (1985) *Los estudiantes universitarios y la política 1955–1970*. Buenos Aires: CEAL.
- Ciria A. y Sanguinetti H. (1968) *Los reformistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Kleiner B. (1964) *20 años de Movimiento Estudiantil Reformista (1943-1963)*. Buenos Aires: Platina.
- Graciano O. (2008) *Entre la Torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina 1918-1955*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- Halperín Donghi T. (1962) *Historia de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Mangone C. y Warley J. (1984) *Universidad y peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires: CEAL.
- Mignone E. (1998) *Política y universidad. El estado legislador*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Plotkin M. (1994) *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista 1946-1955*. Buenos Aires: Ariel.
- Sigal S. (1991) *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- _____ (2002) “Intelectuales y peronismo”. En: James D. (comp.) *Los años peronistas (1943-1955)*. Nueva Historia Argentina. Tomo VIII. Buenos Aires: Sudamericana.
- Soprano G. y Tortti M.C. (2004). “Materiales para una historia de la Sociología en Argentina. Entrevista a Miguel Murmis”. En: *Cuestiones de Sociología* n°2. La Plata: UNLP. Prometeo

- Toer M. (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. Buenos Aires. CEAL.
- Torre J. C. y Pastoriza E. (2002) “La democratización del Bienestar”. En: James D. (comp.) *Los años peronistas (1943-1955)*. Nueva Historia Argentina. Tomo VIII. Buenos Aires: Sudamericana.
- Weinschelbaum E. (2008) “Mis años en el movimiento estudiantil entre 1945 y 1955” En: AAVV. *La Reforma Universitari. Su legado (1918-2008)*. Buenos Aires: Librería Histórica.